

y solo conserva un rictus de amargura delator de la pasada tempestad. Bajo tales afectos la Pía esboza su drama y no tiene un gesto de rencor para su matador. A este efecto, y solo a él, compárese a esta dulce hija de Siena con la ardorosa y patética mujer que sufre la pena de su lujuria azotada por la *infernál bufera*, unida eternamente a su amante en el segundo círculo del Infierno. También Francesca murió asesinada por su marido; pero ella no mereció el perdón de la Justicia divina y en vez de ir a la mansión de la melancolía donde la expiación es transitoria y todo ha de ser perdonado, es fulminada al reino de los eternos suplicios donde no se oyen sino maldiciones y blasfemias, palabras de dolor y acentos de ira. Por eso mientras la Pía no tiene para su matador sino una evocación melancólica, Francesca, que se declaraba ofendida por el modo en que se la mató, se regodea con el pensamiento de que a su asesino le aguarda el horrendo recinto de Caina envuelto en oscuridad y bajo la gélida costra que en las aguas de la pavorosa laguna produce el batir de alas del espantable Dite. Por eso también Dante oye a la Pía callado y sereno y así continúa su camino, y en cambio, el relato de Francesca y las lágrimas de Paolo le producen tan honda e irrefrenable conmoción, que ante aquél patético cuadro de pasión y miseria desesperada se desploma como cuerpo muerto. El episodio de Francesca tiene el sublime horror de la tragedia: el de la Pía la trémula emoción del drama sentimental.

DIEGO MARÍA CREHUET

Página poética

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

I

LEJANA ESTAMPA INFANTIL

Claro atardecer sonoro...
En la paz de la plazuela,
los muchachos de la escuela
juegan que juegan «al toro».

Estudiantil chaquetilla,
o blusita de aprendiz,
borda en la tarde feliz,
faena de maravilla.

De unas niñas la canción
de nostalgia el viento empaña:
«...y de los Reyes de España
Alfonsito de Borbón».

«¿Dónde vas?, Alfonso doce...»
en la clara tarde quieta
hay un temblor de saeta
que nos hiere con su roce,
en la triste evocación
de aquella Mercedes buena,
por quien sufre su real pena
Alfonsito de Borbón.

¡Lejana estampa infantil,
tan netamente española!
Hoy el alma ya está sola
de aquellas tardes de abril.

Al atardecer sonoro,
en la paz de la plazuela,
los muchachos de la escuela
no saben jugar «al toro».

Por el «fútbol» o el «boxeo»
dieron a un doliente olvido

aquel ayer, florecido
de candor y de deseo;

ayer que prendió a raudales,
entre sus firmes aristas,
ensueños españolistas
y anhelos tradicionales.

Mientras los muchachos gritan
con voces de otras naciones,
las niñas lanzan canciones
donde otras tierras palpitan.

Huyó para siempre, uraña,
la candorosa canción:
«...y de los Reyes de España
Alfonsito de Borbón...»

Viejo perfil olvidado
del atardecer sonoro...
¡Qué españolista tesoro
tenías en tí encerrado!

Te han barrido soplos fieros,
y en la paz de la plazuela
los muchachos de la escuela
tienen algo de extranjeros.

Bajo el cielo de arrebol
vibran juegos y canciones,
vacíos de evocaciones
de lo auténtico español.

¡Qué dolorosa emoción
ante tanta cosa extraña!
¡¡Ay, aquella vieja España
de Alfonsito de Borbón!!

Cáceres, 1932.

II

CÁCERES Y LA LUNA

La ciudad duerme en la noche
un sueño ancestral y vago,
que añora cielos de trópico
y azules mares indianos...

La luna, en telar de almenas
de la torre de Bujaco,
teje tapices moriscos
con cruces de Santiago.

—La Ceres tiende la gracia
de los pliegues de su manto,
con rito eterno y ambiguo,
esotérico y pagano—.

La liturgia del silencio
dogmatiza en los espacios,
mientras callejas oscuras
suspiran perdidos pasos
y en las plazas se desmayan
los luceros de topacio...

La luna —¡siempre la luna!—
sube al torreón más alto,
loca de glorias pretéritas,
insomne de eterno arcano,
en busca de una teoría
de blasones y palacios...

Locura de lambrequines
la reciben, deshilando
sobre el frío de las piedras
madejas de besos blancos...

Un corazón de granito
late en recuerdos lejanos,
con ritmo de muchos siglos
y orgullo de muchos rangos.

La luna—¡siempre la luna!—,
en un parteluz de mármol
—gracia mudéjar prendida
en gótico cañamazo—
se queda quieta, muy quieta,
llena de mundos llorados...

Luego va a morir, ingrave,
en la torre de Bujaco,
junto a la Ceres eterna,
entre el morisco almenado,
amortajada en ensueños
guerreros y milenarios,
sangrando aurora cercana
por los heridos costados,
traspasada con puñales
de cruces de Santiago...

El alba triunfa en la gloria
de su despertar de nardos...
Las alas de las cigüeñas
dan al olvido el pasado,
sobre un aire azul, inquieto
de campanas y de pájaros...

Cáceres, 1942-

Bécquer, Príncipe de Poetas

Por CARLOS CALLEJO

GUSTAVO Adolfo Bécquer no muere, ni se agota ni se pasa de moda. Sobre los jardines de su lírica ha pasado el galope de cuatro generaciones, las más inquietas y revolucionarias que se hayan dado en el ámbito literario jamás. Han surgido profetas y heresiarcas, renovadores y ácratas de la poesía, se han levantado torbellinos de estéticas nuevas; mas al disiparse la polvareda de estas invasiones, el vergel becqueriano permanece intacto y en plena fragancia, cuando ya son escoria y hojarasca todas sus glorias contemporáneas.

Como todos los genios, Bécquer escapa a las clasificaciones. Nacido a las letras en las postrimerías del Romanticismo, es corriente verlo catalogado como poeta romántico. En realidad, esta escuela literaria no puede reivindicarlo como exclusivamente suyo. Bécquer es un romántico moral, en el sentido de sensible elevación y misticismo juvenil que puede tener esta palabra, pero esto no implica que sea un jinete más de la cabalgata que encabezó Schlegel. La prueba de que nuestro poeta sobrepuja al Romanticismo, viene suministrada por el hecho de que sus obras persisten en el almanaque de las Letras en una época en que aquella tendencia literaria es solo un empolvado recuerdo de nuestros bisabuelos.

Bécquer no es sólo un romántico porque es un artista en lo eterno. Su poesía tiene tanto clasicismo como si estuviera forjada en las fraguas de la época imperial. Nacido en el siglo XVI; Gustavo Adolfo hubiera sido seguramente un afortunado compendiador de San Juan de la Cruz y Garcilaso.

Es corriente que cuando se menciona el nombre del vate sevillano, algunas personas que se tienen por enteradas de la cosa literaria, alcen benévola y comedidamente las cejas y compongan un rostro tolerante como al decir «Bah... todos hemos tenido veinte años...» Esta es otra equivocada catalogación de los exclusivistas. Ciertamente, Bécquer es el poeta de los veinte años: él ha esculpido en divinos versos la edad de oro de la vida, esa época en que el espíritu abre sus capullos y la sangre adquiere esencias inmanentes. La edad del primer amor y del primer desengaño. La edad de la pureza y la generosidad, la de los santos y los héroes. Nadie cantó como Bécquer la visión del mundo en el momento en que el hombre está más cerca de ser un dios...

Pero es que nuestro poeta—definámoslo—no pertenece sólo a la juventud, como no pertenece sólo al Romanticismo. Su voz es universal en la vida como es universal en el arte y no puede encuadrarse en una tendencia ni en una edad. En las *Rimas* de Bécquer, afables